CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA
Comisión Episcopal para la Vida Consagrada

Materiales para la

JORNADA *PRO ORANTIBUS*

15 de junio de 2025

Solemnidad de la Santísima Trinidad

CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

www.conferenciaepiscopal.es

© Editorial EDICE
Edificio «Sedes Sapientiae»
C/ Manuel Uribe, 4
28033 Madrid
Tlf.: 91 171 73 99
edice@conferenciaepiscopal.es

«¡LA PAZ SEA CON USTEDES!»

(León XIV, Roma 7 de mayo de 2025)

¡Bienvenido, Santo Padre!

ÍNDICE

Presentación 5

Testimonios 9

Catequesis del papa Francisco: Esperanza 27

Para orar y trabajar 31

Oración 37

PRESENTACIÓN

«Orar con fe, vivir con esperanza» es un certero resumen de la vida contemplativa en este año jubilar. La solemnidad de la Santísima Trinidad nos convoca para volver a pasar por el corazón a los hombres y mujeres que se han consagrado en la Iglesia a vivir a imagen del misterio trinitario.

El año pasado nos referimos a ellos y ellas como «los que rezan», el apelativo con el que denominamos la Jornada *Pro Orantibus.* Precisamente la actitud orante inherente a la fe viene a dar nombre al lema de la Jornada de 2025 como fuente de la esperanza que buscamos y anhelamos en el año jubilar.

«La oración es el corazón de la vida contemplativa» (VDQ 4§1), afirma el papa Francisco en la constitución apostólica *Vultum Dei quaerere* del año 2016. La oración personal y comunitaria, elevada al Señor con fe sincera en medio de las vicisitudes de la propia existencia y del mundo, hace descubrir al Señor como tesoro de la vida, como el mayor bien, como la esperanza que no defrauda y que mora en la celda del propio corazón, «en la soledad habitada del claustro y en la vida fraterna en comunidad» (VDQ 9).

En una existencia que se sostiene orando con fe, a imagen de Jesús, que se retira para encontrarse con el Padre, no caben la apatía, la rutina, ni la desesperanza, sino que su fruto es justamente una vida que se afronta con esperanza, con entera confianza en el Señor y en su querer para nosotros, porque sabemos que solo él tiene el poder y la voluntad de esperanzarnos y siempre cumple sus promesas.

En esta unión especialísima de oración y vida, fe y esperanza, el papa Francisco nos propone a Abrahán, nuestro padre en la fe, también como «padre en la esperanza». Abrahán y Sara, en su realidad de ancianidad y esterilidad, son figuras simbólicas que bien pueden alentar una vida contemplativa que ora con fe y vive con esperanza en estos tiempos. Una vida contemplativa que se comprende a sí misma, bajo el horizonte de ese vuelco esperanzador que se produce en el corazón cuando, fiados del Señor, nos dejamos acompañar por el poder de su presencia y nos volvemos capaces de aguardar, incluso en circunstancias adversas,

el cumplimiento de la promesa divina; según la cual aquellos que oran con fe y viven con esperanza serán padres de muchos hijos, raíz de una descendencia numerosa como las estrellas del cielo y la arena incontable de las playas.

El santo padre dice que los cristianos estamos llamados a vivir la experiencia firme de la fe de Abrahán, el cual cree con todo su corazón en el Dios que hace salir a su pueblo de la desesperación y de la muerte, y convoca a todos a la vida a través de un itinerario de fe y esperanza. En la historia de Abrahán «todo se convierte en un himno al Dios que libera y regenera, todo se convierte en profecía» (Francisco, Audiencia general [Roma, 29-5-2017]). Porque Abrahán está persuadido de que Dios es capaz de hacer lo que promete (cf. Rom 4,21) y así vive con esperanza cuando surgen las pruebas, porque no se tambalea su fe.

Este binomio, que alienta la existencia cristiana —orar con fe y vivir con esperanza—, forma parte de la exhortación permanente del apóstol san Pablo, quien también hace mención explícita de Abrahán, «nuestro padre en la fe y en la esperanza», aquel que «apoyado en la esperanza, creyó contra toda esperanza» (Rom 4,18). La esperanza cristiana hunde sus raíces, según la doctrina paulina, en la experiencia de fe de quien ha puesto su confianza en el Señor resucitado y, por tanto, es capaz de mantenerse en pie cuando falla toda otra esperanza mundana, puesto que, ciertamente, la esperanza de fe «no se sostiene en razonamientos, previsiones y garantías humanas» (Francisco, Audiencia general [Roma, 29-5-2017]).

El ejemplo de Abrahán torna en la carta a los Hebreos (11,8-19), cuyo autor glosa el camino de fe y esperanza del patriarca, que sale de su tierra sin saber dónde le llevaría su peregrinación, vive como extranjero en una tierra distinta de la de sus orígenes, habita en las tiendas de los nómadas mientras espera alcanzar esa ciudad de cimientos sólidos que Dios promete diseñar y construir para él y para toda su descendencia. En esta aventura de fe que lo lleva a vivir en esperanza, Abrahán no está solo, sino que comparte su camino con Sara, cuya esterilidad también será trastocada en fuente de vida, precisamente porque aprende, no sin dificultad, a creer y esperar en el Dios fiel.

Bajo la luz que proyecta sobre ellos la fisonomía existencial de Abrahán y Sara, «los que rezan» y viven como contemplativos en medio del

pueblo de Dios se nos aparecen como hombres y mujeres confiados y esperanzados. Bien mirado son, en realidad, no solo los que rezan, sino «los que rezan con fe y viven con esperanza». Ellos y ellas han salido de su casa y de su tierra, sin saber bien adónde iban. Algunos han dejado una vida ya hecha, un porvenir prometedor, según los cálculos humanos. Han llegado a vivir como extranjeros hasta ser asumidos por el humus de la tierra prometida de los conventos y monasterios en los que deciden morar el resto de su peregrinación humana. Han habitado la tienda claustral del silencio y la soledad, de la oración común y personal, de la vida fraterna en comunidad dentro de un monasterio. Esperando y construyendo, al mismo tiempo, la ciudad de Dios, han rezado con fe confiando en el Señor que cautiva, enamora y fascina ayer, hoy y siempre. Y, como Sara, han sido espiritualmente fecundos y continúan dando vida por su fe y esperanza en el Dios que es fiel, guarda siempre su alianza, cumple sus promesas y es para todos esperanza que no defrauda (cf. Rom 5,5).

Hermanos y hermanas que rezáis con fe y vivís con esperanza, seguimos necesitándoos como «faros» que iluminan el camino de los hombres y mujeres de nuestro tiempo y, especialmente, de la Iglesia.

Vosotros, hombres y mujeres que compartís historias de fe orante y esperanza humanada en la cotidianeidad; hombres y mujeres con quienes queremos seguir renovando la Iglesia sinodal y misionera: contamos con vuestra comunión, participación y misión.

Os necesitamos para que escuchéis los temores y esperanzas, gozos y sufrimientos de nuestro mundo y de la Iglesia, y se los confiéis al Dios en el que creyeron y esperaron Abrahán, Sara, cada uno de vuestros fundadores, fundadoras y vosotros mismos hoy.

Vuestra oración creyente y sostenida, vuestra esperanza vivida contra toda esperanza, os da y nos da vigor, y es para nosotros aliento en la oración y en la espera definitiva, la de Cristo vivo y glorioso. Ese Cristo ofrecido al mundo por el Padre, despertado en el corazón de cada creyente por el Espíritu Santo y del que la Bienaventurada Virgen María es primera discípula orante, esperanzada y contemplativa. Como vosotros hacéis para el mundo en medio de vuestro claustro interior, ella nos lo

dona, hoy y siempre, en su regazo paciente, doloroso, fidelísimamente orante y plenamente esperanzado.

Comisión Episcopal para la Vida Consagrada

✠ D. Luis Ángel de las Heras cmf
Obispo de León (presidente)

✠ D. Aquilino Bocos CMF
Arzobispo

✠ D. Vicente Jiménez Zamora
Arzobispo emérito de Zaragoza

✠ Fr. José Rodríguez Carballo OMF
Arzobispo de Badajoz

✠ Fr. Octavi Vilà o. cist.
Obispo de Gerona

✠ D. José M.ª Avendaño
Obispo auxiliar de Getafe

TESTIMONIOS

«Cristo Jesús, nuestra esperanza» (1 Tim 1,1)

Si abrimos una pequeña puerta en la Escritura por la primera carta a Timoteo, escucharemos llamar a Cristo Jesús con un apelativo entrañable: «Nuestra esperanza». La palabra «esperanza» *(elpís)* en el Nuevo Testamento muestra un gran deseo que orienta toda la vida hacia una meta[1]. Tiene el poder de sostener al discípulo cada día y tiene un rostro concreto: Jesús de Nazaret.

Esta palabra entrañable «esperanza», y este rostro de Jesús, me evoca la vida de una anciana sabia, que me dijo hace tiempo: «Un gran amor me espera, por eso mi vida es hermosa». Este era su gran secreto de vida, vivía siguiendo las huellas de un gran Amor, y conforme profundizaba en su propia amistad con Dios, se hizo capaz de acercarnos a todos a la presencia de Dios en la sencillez de nuestras vidas. Cristo Jesús era el origen y el fin de su andadura. Él no era un personaje del pasado, estaba vivo, presente en su vida, y como ella decía: le habían dejado el «vino mejor» para el final.

Ciertamente, Dios nos creó para la alianza, sin ella la creación sería una cáscara vacía y nuestra vida una barca sin dirección. Cada día el gran amor de Dios nos espera y por eso hay belleza en nuestro diario vivir. Una belleza que conlleva también pequeñas muertes y renuncias a las propias voluntades, pero que da como fruto una vida llena de esperanza.

Somos tan valiosos para Dios que «se hizo hombre para poder compadecer él mismo con el hombre, de modo muy real, en carne y sangre, como nos manifiesta el relato de la pasión de Jesús. Por eso, en cada pena ha entrado uno que comparte el sufrir y el padecer; de ahí se difunde en cada sufrimiento la *consolatio,* el consuelo del amor participado de Dios y así aparece la estrella de la esperanza» (SS 39)[2].

Sin esta estrella no podemos avanzar por el camino. La esperanza está a veces tras las nubes, oculta, pequeña, pero fuerte en su tesón y ardiente

---

[1] Cf. H. Baltz – G. Schneider (eds.), *Diccionario Exegético del Nuevo Testamento,* vol. II (Ediciones Sígueme, Salamanca 2002) 129-133.

[2] Cf. Benedicto XVI, carta encíclica *Spe salvi* (30-11-2007) 39.

espera del encuentro con Cristo Jesús. No lo olvidemos, su gran amor nos espera, por eso nuestra vida presente es hermosa, porque es preparación de un encuentro definitivo.

Esta preparación no es en solitario, esperamos la vuelta del Esposo, con las lámparas encendidas, junto a otras lámparas hermanas. Es importante sabernos todos en la misma barca y en la misma espera llena de la luz de su Palabra.

1. La barca de la Iglesia

Cierto que vivimos en un mundo sin Dios, un mundo sediento de la verdadera esperanza, la que brota de experimentar ser conocido, amado y esperado por alguien, un mundo que parece estar construyendo su propia torre de Babel sin límites. Por eso, nos urge ofrecer la esperanza nuestra, que es Cristo Jesús, a todos estos hermanos sedientos.

La barca de la Iglesia no tiene otra ancla segura más que la esperanza en quien nos ha amado hasta el extremo, nos reconoce y nos espera cada día.

En esta barca, que es nuestra madre la Iglesia, hay tripulantes que cuidan el interior de la nave, a los que me gusta llamar «custodios del fuego», otros salen al exterior para la pesca y las tareas que se realizan en la cubierta. Hay quienes lavan las redes para la pesca, y otros son vigías que permanecen despiertos, sin dejarse vencer por el sueño, velando las sendas de los mares con ojos abiertos y limpios, para leer en las aguas las rutas marcadas, y en las estrellas los mensajes del cielo, y así, orientar la navegación hacia buen puerto.

Todos juntos afrontamos las marejadas, y todos somos valiosos y necesarios para que la barca llegue a su destino.

2. El fuego de Dios

En los inicios de la andadura de esta barca, la esperanza cristiana no era algo puntual, sino que conllevaba un camino de seguimiento tras de ella, con sus recesos y sus avances. Y esto se nos muestra en las dos cartas a Timoteo, por eso en un momento determinado este discípulo de san Pablo necesitó escuchar: «Te recuerdo que reavives el don de Dios que hay en ti» (2 Tim 1,6), con el sentido de volver a dar vida al fuego del don de

Dios *(anazopyreo).* Y no solo Timoteo, cada cristiano —en su seguimiento tras nuestra esperanza, Cristo Jesús— necesita reavivar el don de Dios.

¿Cómo volver a dar vida al fuego de Dios? ¿Cómo avivar el carisma recibido, si las dificultades parecen propiciar todo lo contrario?

Para reavivar este fuego de Dios es necesaria la humildad de recorrer un camino.

El fuego de Dios en la Escritura hace todo un peregrinaje, desde la zarza ardiente que no se consumía (cf. Ex 3), ante el asombro de Moisés, pasando por la vocación del profeta Isaías, cuya boca es tocada con un ascua del altar de Dios (cf. Is 6), hasta llegar al corazón de los discípulos de Emaús, que ardían por el camino, mientras les explicaba las Escrituras aquel desconocido peregrino (cf. Lc 24).

Sí, hay un camino que recorrer para reavivar el fuego de Dios en nosotros, con la certeza de que en medio de todas las tormentas de la historia, siempre comienza a brotar algo nuevo, que tarde o temprano produce su fruto (cf. EG 276)[3]. Tal como ocurrió en la noche de la Pascua de Jesús, no se perdió ni uno solo de sus sufrimientos, fueron el «seno» desde donde Dios —todavía hoy— sigue dando vida nueva al mundo.

Vamos a contemplar dos ejemplos en el Evangelio de este reavivar el fuego de Dios.

3. El camino hacia Emaús

El relato de san Lucas (cf. Lc 24) describe la marcha de dos discípulos hacia Emaús entristecidos y discutiendo por el camino. Aunque ellos están huyendo de Jerusalén desesperanzados, en sus palabras hay una «búsqueda común», la del sentido de todo lo ocurrido en el monte Calvario. En esta búsqueda en diálogo acalorado, se introduce Jesús y les hace contar qué ha pasado.

El evangelista hace coincidir en su relato dos dinámicas paralelas: caminar en discusión y pararse a contar. Cuando se camina entre lamentos y quejas, los ojos se ciegan y no ven a Jesús. Cuando se cuenta lo vivido en una parada sabia, se abre una rendija para que Jesús entre, y explique

[3] Cf. Francisco, exhortación apostólica *Evangelii gaudium* (Roma, 24-11-2013) 276.

el sentido profundo de la historia, haciendo que resurja el ardor del corazón. Todo cobró sentido, aunque todavía los dos discípulos de Emaús no se dan cuenta de lo que está ocurriendo en sus corazones. La historia vivida con sentido es lo que hace arder el corazón endurecido y desconcertados.

Una palabra clave al final del camino: «Quédate con nosotros», abre la puerta para poder reconocer a Jesús resucitado al partir el pan. Y Jesús desaparece. Pero ahora ocurre algo increíble, la resurrección de la memoria en los de Emaús: «Se dijeron el uno al otro: ¿no ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?» (Lc 24,32). El Resucitado no solo ha entrado en la casa, se ha introducido en sus corazones, y ellos, al hacer memoria, reavivan aquel ardor del corazón. Ahora vive para siempre en ellos, y los dos discípulos se han convertido en santuario de la esperanza para la comunidad encerrada en su miedo.

El encuentro por el camino fue puntual, pero el ardor del corazón ha quedado grabado a fuego para siempre, y tiene la fuerza de convertirlos en portadores de la buena noticia, regresando a Jerusalén llenos de gozo, para contarlo a los hermanos.

Cristo Jesús es ahora la esperanza de ambos. Lo dejaron entrar en su caminar, le contaron, escucharon lo que les explicó de las Escrituras y todo cambió. Pasaron de ser fugitivos entristecidos a ser testigos gozosos.

4. Dos ancianos dando vigor a las raíces

Y si seguimos la estrella de la esperanza, veremos aparecer en el relato evangélico de san Lucas dos ancianos, que supieron vivir con el corazón anclado en la esperanza: Simeón y Ana. Ellos, lejos del lamento, no se separaron del interior del templo, pero se alejaron de fachadas y apariencias para quedar bien.

Simeón aguardaba el consuelo de Israel, que resonaba en aquel bendito: «Consolad, consolad a mi pueblo, dice vuestro Dios, y hablad al corazón de Jerusalén, y gritadle, que se ha cumplido su servicio» (Is 40,1-2).

Él aprendió a custodiar la experiencia de su pueblo, a escuchar a Dios en la historia, y fue un odre preparado para recibir el agua de Cristo, el consuelo de Israel. Supo esperar paciente, y unir su espera a la de otra

anciana, llena de luz, Ana, que con ayunos y oraciones aguardaba gozosa al deseado de las naciones.

Ana fue reconociendo en cada rincón de la historia la presencia de Dios, y en la fragilidad de sus ojos desgastados, vio al Ungido de Dios, su esperanza, porque las raíces de su vida tenían vigor.

Hay un tiempo de sembrar, otro tiempo de brotes nuevos, otro de flores y frutos, y otro tiempo de trabajar las raíces con tesón, pero todos son necesarios para el desarrollo de la vida. El cuidado de las raíces en lo escondido es tan importante como las flores y los frutos, aunque estos sean más vistosos.

¿Cómo están las raíces de nuestra vida? ¿La savia del Evangelio nutre nuestras raíces?

5. Pequeños de estatura, pero esperanzados

En cada rincón del Evangelio, la esperanza está unida al encuentro vital con Jesús. Fijémonos en el encuentro de Zaqueo con Jesús, del que brotó una vida nueva (cf. Lc 19). Quizás pensamos que somos muy pequeños, como Zaqueo, que no damos la talla. Pero, también hoy Jesús atraviesa la ciudad, nuestro Jericó, con el fin de conquistar para Dios a todos los Zaqueos de este siglo.

Si nos paramos, escucharemos a Cristo Jesús decirnos: «Date prisa y baja, porque es necesario que hoy me quede en tu casa» (Lc 19,5). Dichosos los que tengan urgencia de bajar hasta Jesús, bajar a su diálogo con nosotros en tanto lugares, en su palabra, en los acontecimientos, en nuestro prójimo, porque sus vidas serán transformadas y se llenarán de esperanza.

Zaqueo solo quería ver a Jesús, pero Jesús le ofreció un diálogo y el sentarse juntos a la misma mesa, donde el «hoy» de la salvación lo envolvió para siempre. La casa de Zaqueo se convirtió en morada del Mesías, un verdadero templo, que reorientó su vida por un camino de bajada hacia Dios y hacia el amor a los demás.

Necesitamos acoger el don de Dios, reavivarlo, cuidarlo, y para ello cultivar la vida de oración, momentos detenidos de adoración, de encuentro orante con la Palabra, de diálogo sincero con el Señor, porque las

tareas fácilmente se vacían de sentido, nos debilitamos por el cansancio y las dificultades, y el fervor se apaga.

Todos necesitamos la esperanza del Evangelio, Cristo Jesús, que ha roto las cadenas de toda esclavitud. Y aunque muchos no sean conscientes, en cada persona hay «una espera de conocer la verdad sobre Dios, sobre el hombre, sobre el camino que lleva a la liberación del pecado y de la muerte. El entusiasmo por anunciar a Cristo deriva de la convicción de responder a esta esperanza» (EG 265)[4].

Nuestras vidas, y nuestras comunidades, tienen una llamada a responder a esta sed de esperanza de toda la humanidad, tal como nos pidió la exhortación *Vita consecrata:*

> Los monasterios han sido y siguen siendo, en el corazón de la Iglesia y del mundo, un signo elocuente de comunión, un lugar acogedor para quienes buscan a Dios y las cosas del espíritu, escuelas de fe y verdaderos laboratorios de estudio, de diálogo y de cultura para la edificación de la vida eclesial y de la misma ciudad terrena, en espera de aquella celestial (VC 6)[5].

Esta misma exhortación nos pide ayudar a los hermanos siendo «escuelas de oración» (VC 39). La oración no se ve, es una semilla bajo tierra, trabaja desde abajo y en lo escondido. Pero no nos deja exentos de responsabilidad en las vicisitudes y tormentas que azotan nuestro mundo. Caminemos en el seguimiento tras de nuestra esperanza, Cristo Jesús. Caminemos junto a Jesús por el camino, acogiendo su explicación de lo que ocurre, escuchándole y escuchándonos, como los de Emaús. Mantengamos la paciencia en la espera como Simeón y Ana. Bajemos y bajemos hasta Jesús, para que como Zaqueo, hoy entre el amor de Dios a nuestra casa y hagamos a todos partícipes de este inmenso amor.

M.ª Pilar Avellaneda Ruiz, CCSB
Monasterio de La Encarnación (Córdoba)

---

[4] Cf. Francisco, exhortación apostólica *Evangelii gaudium* citando a san Juan Pablo II, carta encíclica *Redemptoris missio* (7-12-1990) 45.

[5] Cf. San Juan Pablo II, exhortación apostólica *Vita consecrata* (25-3-1996), 6. También es importante el siguiente número 39: «Las personas consagradas, en la medida en que profundizan su propia amistad con Dios, se hacen capaces de ayudar a los hermanos y hermanas mediante iniciativas espirituales válidas, como escuelas de oración, ejercicios y retiros espirituales, jornadas de soledad, escucha y dirección espiritual. De este modo se favorece el progreso en la oración de personas que podrán después realizar un mejor discernimiento de la voluntad de Dios sobre ellas y emprender opciones valientes, a veces heroicas, exigidas por la fe». (VC 39).

«Peregrino y orante de la esperanza que no defrauda»

Recuerdo que antes de ingresar en el monasterio, hice una peregrinación cruzando Italia hasta Montecassino para encomendar a san Benito y santa Escolástica mi vocación. Era también mi despedida de la montaña y las grandes rutas. Al entrar en la basílica quedé impresionado por un fresco inmenso de 50 m² pintado por el maestro Annigoni sobre la fachada interna de la basílica, se llamaba *El paraíso benedictino* o *La gloria de San Benito.* Confieso que nunca he podido experimentar con tanta profundidad lo que dice el Concilio Vaticano II en *Sacrosanctum Concilium:*

> Entre las actividades más nobles del ingenio humano se cuentan, con razón, las bellas artes, principalmente el arte religioso y su cumbre, que es el arte sacro.
>
> Estas, por su naturaleza, están relacionadas con la infinita belleza de Dios, que intentan expresar de alguna manera por medio de obras humanas[6].

Arriba de tal fresco en las semilunas estaban pintadas las figuras de Moisés y de Abrahán dos pinturas del mismo pintor llenas de expresión y colorido. En ese momento podía identificarme con ellos, después de muchos días caminando kilómetros y kilómetros. En mi mente pensaba que después de tantos años, montes y caminos de tierra y piedra, se acababan mis salidas a las montañas, me despedía de mis botas, mis gastados pantalones de pana, mi mochila, mi saco de dormir y mi querida boina.

No podía imaginar que entonces iba a comenzar la verdadera peregrinación y, si bien ya externamente no podría parecerme a las figuras desgarbadas y necesitadas de una buena ducha de los patriarcas pintadas por Annigoni, ahora realmente iba a iniciar yo mi verdadera peregrinación hacia la ciudad que me tenía preparada Dios[7].

En efecto, Abrahán recibió la promesa de fundar un linaje de una mujer estéril, parecía que la promesa se desvanecía por el tiempo, parece que Dios tarda, y entonces se buscan atajos y soluciones intermedias. Abrahán busca la descendencia por otras mujeres cercanas a Sara, pero será Sara, la estéril, la que dará descendencia a Abrahán, de ahí nacerá el

---

6 SC 122.
7 Cf. Heb 11,16.

pueblo de Dios[8]. Aunque, aquel fruto de la promesa, aquel hijo que amaba le fue pedido en sacrificio, sacrificio que se le ahorró, para cumplirse más adelante en la cruz con el Hijo amado del Padre[9].

También Moisés figuraba esta peregrinación interior, este nuevo itinerario donde se mueve el corazón más que los pies, en ruta desde el egoísmo hasta la caridad. Moisés, el tartamudo, es enviado a dialogar con el faraón. Sin duda es un ejemplo de la verdadera esperanza. Después de tantos padecimientos y paciencia parece que todo queda en nada, tan solo viendo de lejos la tierra prometida[10] como nos dice el autor de la Carta a los Hebreos:

> Con fe murieron todos estos, sin haber recibido las promesas, sino viéndolas y saludándolas de lejos, confesando que eran huéspedes y peregrinos en la tierra. Es claro que los que así hablan están buscando una patria; pues si añoraban la patria de donde habían salido, estaban a tiempo para volver. Pero ellos ansiaban una patria mejor, la del cielo. Por eso Dios no tiene reparo en llamarse su Dios: porque les tenía preparada una ciudad[11].

Puede resultar desalentadora la promesa de Dios, escuchando y leyendo estos testimonios bíblicos. Algo así me aconteció también en mi primera lectura de la Regla de san Benito. Aparte de la incipiente devoción que le tuve a él y a su hermana, santa Escolástica, me cayó como un jarro de agua fría al leerla por primera vez, tras pasar unos días en la hospedería del monasterio. Esperaba un texto que me ayudara a todo. A pesar de algunos párrafos estimulantes, san Benito ponía ante mis ojos la realidad de una comunidad humana de hombres que quieren buscar a Dios, pero que están en camino. Muchas partes me resultaban ajenas a la sensibilidad de un joven del entonces final del siglo XX. El tiempo ha hecho que este texto, después de la Biblia, sea objeto diario de meditación y aceite que mantiene encendida la lámpara del templo del Espíritu, que es mi alma. Como los frutos más nutrientes y con más propiedades vienen rodeados de una dura corteza, que esconde el rico meollo.

Al ingresar en el monasterio, se van cayendo las preconcepciones. Surge un vértigo al ver el vacío que hay entre lo que se deja y lo que se va a abrazar. Entre estos dos puntos hay un precipicio, la nada que suscita la incertidumbre, o el miedo, o ambas a la vez. Entonces, en el vacío

---

8 Cf. Gen 17,15-17.
9 Cf. Gen 22,1-18.
10 Cf. Dt 34,4.
11 Heb, 11,13-16.

se extiende el puente colgante de la esperanza. Me di cuenta de que entraba en una vida que se alimenta de la profecía, de la esperanza, y que esta esperanza no tiene nada que ver con las promesas de un político, las alegorías del poeta, los proyectos de una arquitecto, los sueños de un idealista o los pronósticos de un economista. San Benito recuerda con insistencia que al recién ingresado se le debe advertir de las cosas ásperas que va a encontrar en el monasterio[12]. Pero también, en esas dificultades la voz del amoroso patriarca san Benito nos alienta a que, cuando las cosas se ponen difíciles, no huyamos aterrados, pues la enmienda de los vicios y la cosecha de la caridad exigen a veces esfuerzos, pero con el tiempo el corazón se dilata por la acción del Espíritu[13].

No obstante, conforme van pasando los años y las ilusiones se desvanecen, entonces es cuando la esperanza, como virtud teologal, actúa en nuestra vida. El claustro deja de ser el lugar perfecto, para convertirse en el lugar donde perfeccionarme en la caridad, la paciencia y la misericordia conmigo mismo y con los demás. La ilusión deviene en esperanza. Pero esta transformación implica la renuncia a los ídolos de este mundo, como son el éxito y la inmediatez. Esta actuación de la gracia necesita también de nuestra colaboración.

El realismo de saber que en esta vida no somos más que peregrinos y que no podemos edificar aquí nuestra morada, nos estimula a correr más hacia la verdadera meta de nuestra vida. Para aquel que tiene prisa, san Benito le recomienda un ejercicio que nutre la esperanza del monje, lo ilumina, lo renueva. Quien tenga prisa tiene ahí las páginas del Nuevo y Antiguo Testamento, la lectura de las obras y las vidas de los padres[14]. Así, como nos enseña ese otro peregrino de la esperanza que fue san Pablo, «todo lo que se escribió en el pasado, se escribió para enseñanza nuestra, a fin de que a través de nuestra paciencia y del consuelo que dan las Escrituras mantengamos la esperanza»[15]. La *lectio divina,* el contacto con los grandes maestros de la espiritualidad y sus ejemplos mantienen el calor del alma cuando la caridad amenaza con enfriarse.

Pocas personas habrán vivido y explicado con tanta intensidad la vida monástica como san Gregorio Magno, hijo de san Benito y padre de la

---

12 Cf. RB LVIII,8.
13 Cf. RB, Pról., 57-59.
14 Cf. RB LXXIII,1-7.
15 Rom 15,4.

espiritualidad benedictina. Él vivió la profunda experiencia de Cristo, con sus consuelos y desolaciones, también fue hombre de su tiempo, elevado antes de entrar en el monasterio a prefecto de la ciudad de Roma y después, tras hacer de su casa un monasterio, obispo de Roma en un mundo que se rompía, que parecía desfallecer. Hoy san Gregorio, desde la comunión de los santos, como un hermano en la fe, nos puede dar un valioso testimonio para mantener encendida con el aceite de su doctrina la lámpara de nuestra esperanza:

> Cuando el jornalero mira las obras que ha de hacer aflige de pronto su alma viendo la grandeza y la longitud de su trabajo; pero cuando vuelve su espíritu fatigado a considerar el galardón de su obra, reforma las fuerzas para el ejercicio de la tarea; así que estima por muy liviano por la remuneración, lo que tenía por grave en el trabajo. Así los varones escogidos, cuando padecen las adversidades de este mundo sufren vergüenzas, injurias, daños y tormentos del cuerpo, consideran que son graves las cosas en que se ejercitan, pero cuando extienden los ojos del alma a la contemplación de la patria soberana, hallan que todo lo que padecen es muy liviano, en comparación al premio. Porque lo que en el dolor se muestra ser insoportable, en la consideración discreta de los galardones se mitiga […]. Así que el fin de la obra espera como jornalero el que, considerando los crecimientos del galardón, estima los trabajos por muy pequeños[16].

San Benito, en el capítulo donde trata los doce grados de la humildad, siguiendo las enseñanzas de san Pablo nos estimula con el ejemplo de los monjes que, seguros de la recompensa divina que esperan, prosiguen gozosos diciendo: «Pero en todo esto triunfamos por aquel que nos amó»[17]. La esperanza actúa, no defrauda, poque ese amor ha sido derramado en nuestros corazones[18], lugar al que debemos ir para encontrarnos con aquel que tiene una palabra de aliento para el abatido[19].

Fr. Miguel María Vila Arteaga
Monje de San Isidro de Dueñas

[16] San Gregorio Magno, *Moralia in Job,* Pars II, lib. VIII, cap. VIII, 14.
[17] RB VII, 39.
[18] Cf. Rom 5,5.
[19] Cf. Is 50,4

La vida contemplativa: una *escalera de luz y oración* hacia Dios

La vida contemplativa ha sido desde los inicios del cristianismo una de las formas más eminentes del seguimiento de Cristo. Desde los primeros siglos las primeras formas de vida eremítica como los primeros cenobios eran un faro de luz y oración, un testimonio vivo de la búsqueda de Dios dentro de las comunidades cristianas. En este sentido, la vida contemplativa se erige como una *escalera de luz y oración* en el seno de las diócesis, facilitando el camino para que nos acerquemos a Dios. Esta idea encuentra eco en el documento del papa Francisco *Vultum Dei quaerere,* donde nos señala que los monasterios contemplativos «al igual que la Virgen María, son también "escalera" por la que Dios baja para encontrar al hombre y el hombre sube para encontrar a Dios y contemplar su rostro en el rostro de Cristo»[20].

1. La vida contemplativa clave en la vida de la Iglesia

La vida contemplativa ha sido reconocida desde la Antigüedad como un camino de perfección cristiana, ha representado siempre en la Iglesia el corazón orante, guardián de gratuidad y de rica fecundidad apostólica y ha sido testimonio de santidad[21]. El Concilio Vaticano II resalta la importancia de la vida contemplativa y su vocación a la oración incesante subrayando que

> los institutos destinados por entero a la contemplación, o sea, aquellos cuyos miembros se dedican solamente a Dios en la soledad y silencio, en la oración asidua y generosa penitencia, ocupan siempre, aun cuando apremien las necesidades de un apostolado activo, un lugar eminente en el Cuerpo místico de Cristo, en el que no todos los miembros tienen la misma función. En efecto, ofrecen a Dios un eximio sacrificio de alabanza, ilustran al pueblo de Dios con frutos ubérrimos de santidad y lo edifican con su ejemplo e incluso contribuyen a su desarrollo con una misteriosa fecundidad. De esta manera son gala de la Iglesia y manantial para ella de gracias celestiales[22].

Por ello, los contemplativos no solo buscan su propia santificación, sino que interceden por toda la humanidad, elevando a la Iglesia y sus

---

20 Francisco, constitución apostólica *Vultum Dei quaerere,* 37.
21 Cf. Papa Francisco, constitución apostólica *Vultum Dei quaerere,* 5.
22 Concilio Vaticano II, decreto *Perfectae caritatis,* 7.

miembros hacia Dios. Tienen la misión de ser luz y oración en el mundo, lo que les confiere un papel esencial en la vida eclesial. El papa san Juan Pablo II nos enfatizó la relevancia de la vida contemplativa afirmando que

> son para la Iglesia un motivo de gloria y una fuente de gracias celestiales. Con su vida y su misión, sus miembros imitan a Cristo orando en el monte, testimonian el señorío de Dios sobre la historia y anticipan la gloria futura. Ofrecen así a la comunidad eclesial un singular testimonio del amor de la Iglesia por su Señor y contribuyen, con una misteriosa fecundidad apostólica, al crecimiento del pueblo de Dios[23].

2. La centralidad de la vida contemplativa en el magisterio del papa Francisco

El papa Francisco en numerosas ocasiones ha subrayado la importancia de la vida contemplativa en la vida de la Iglesia. En *Vultum Dei quaerere,* llama la atención sobre la necesidad de que las comunidades contemplativas sean faros de espiritualidad y acogida, preguntando:

> ¿Qué sería de la Iglesia sin vosotras y sin cuantos viven en las periferias de lo humano y actúan en la vanguardia de la evangelización? La Iglesia aprecia mucho vuestra vida de entrega total. La Iglesia cuenta con vuestra oración y con vuestra ofrenda para llevar la buena noticia del Evangelio a los hombres y a las mujeres de nuestro tiempo. La Iglesia os necesita[24].

Francisco insiste en que la oración contemplativa es antorcha que acompaña el camino de la humanidad y de la Iglesia en la noche oscura del tiempo presente.

Además, el papa ha manifestado su aprecio por la vida contemplativa, considerándola un pilar fundamental de la Iglesia, siendo «el corazón orante, guardián de gratuidad, riqueza de fecundidad apostólica y de una misteriosa y multiforme santidad»[25].

3. La vida contemplativa en las diócesis

Las diócesis encuentran en las comunidades contemplativas un sostén indispensable. La oración y la soledad de los contemplativos fortalece la

---

23 Juan Pablo II, exhortación apostólica *Vita consecrata,* 8.
24 Francisco, constitución apostólica *Vultum Dei quaerere,* 6.
25 Francisco, instrucción aplicativa *Cor orans,* Introducción.

pastoral y la evangelización de los obispos, de los sacerdotes, de la vida religiosa y del laicado, siendo pulmón espiritual y guiándolos hacia una experiencia más profunda de Dios. Contribuyen a la santidad de la Iglesia con su testimonio y su oración, participando de manera especial en la misión redentora de Cristo[26].

En las diócesis que contamos con comunidades contemplativas experimentamos un enriquecimiento espiritual. No solo interceden por las necesidades del pueblo de Dios, sino que también se convierten en corazones espirituales que irradian gracia y paz. Esta presencia de la vida contemplativa fomenta un mayor fervor en la vida cristiana, animando a la búsqueda de Dios.

Mientras que las parroquias y los diferentes estamentos diocesanos se ocupan activamente de la evangelización y de la acción pastoral, los contemplativos sostienen espiritualmente estas iniciativas con su oración silenciosa y su ofrecimiento a Dios. Como destaca el papa Francisco: «El mundo y la Iglesia os necesitan como "faros" que iluminan el camino de los hombres y de las mujeres de nuestro tiempo»[27].

Además, suelen convertirse en refugios espirituales dentro de las diócesis, ofreciendo espacios de retiro, escuelas espirituales, acogida de peregrinos y dirección espiritual. En un mundo marcado por el ruido y la velocidad cotidiana, son oasis de oración y de paz donde poder encontrarse con Dios y ayudan a nutrir la fe del pueblo de Dios.

La vida contemplativa se entiende como una manifestación del amor de Dios que invita a los seres humanos a la comunión con él. Es complementaria y nutre espiritualmente la acción evangelizadora en las diócesis. La Iglesia reconoce que es un don precioso que no solo beneficia a quienes la abrazan, sino que también enriquece a toda la comunidad eclesial, aparece como un testimonio vivo que atrae a todos los que formamos la Iglesia a cumplir con nuestros deberes de la vida y santidad cristiana[28].

Es muy importante que los obispos fomenten su presencia en las diócesis y promuevan el vínculo entre las comunidades de clausura y la vida pastoral. Esta colaboración fortalecerá a la Iglesia local, permitiendo que

---

26 Cf. Concilio Vaticano II, constitución dogmática *Lumen Gentium,* 47.
27 Francisco, constitución apostólica *Vultum Dei quaerere,* 36.
28 Cf. Concilio Vaticano II, constitución dogmática *Lumen gentium,* 44.

la acción evangelizadora esté enraizada en una profunda dimensión espiritual. Por eso, cuando se cierra un monasterio o un convento se siente un desgarro espiritual en las diócesis.

4. *Escalera de luz y oración* hacia Dios

La vida contemplativa es una verdadera *escalera de luz y oración* que conduce a la humanidad hacia Dios. Desempeña un papel fundamental en la edificación espiritual de la Iglesia y en ese papel tan importante de la evangelización del mundo. Su oración incesante, su testimonio de vida austero y su intercesión silenciosa son una fuente de gracia para toda la Iglesia. Nos recuerda que la búsqueda de Dios es el destino último de todo ser humano. En las diócesis es indispensable porque su presencia refuerza la vida espiritual, con un sostén insustituible a la labor pastoral y ofreciendo a los fieles un testimonio vivo de Dios en nuestro mundo.

P. Manuel Gómez-Tavira Gómez-Tavira
Vicario episcopal de Vida Consagrada
Diócesis de Vitoria

«Como pueblo de Dios, generando esperanza»

Del 7 al 9 de febrero tuve la oportunidad de participar en el Congreso Nacional de Vocaciones celebrado en Madrid Arena, que tenía como lema «Para quién soy yo».

Asistí como monja de vida contemplativa, concretamente carmelita descalza, junto con la presidenta de la asociación a la que pertenece mi monasterio y otras hermanas y hermanos contemplativos: dominicas, concepcionistas y cistercienses.

La primera impresión, nada más llegar al recinto, fue la de una Iglesia en marcha, donde el pueblo de Dios, representado en sus diversas formas de consagración, se movía gozoso para converger unido, sostenido y vivificado por la única llamada bautismal, declinada entonces en sus diversas formas y características.

Había obispos de varias diócesis, sacerdotes, diáconos, seminaristas, religiosos y religiosas, y muchos laicos de todas las edades y familias con muchos hijos, cada uno atraído por la pregunta de fondo: «¿Para quién soy yo?». Se percibía, casi palpablemente, que la respuesta era al mismo tiempo idéntica para todos, sin embargo, única e irrepetible para cada uno.

A lo largo de los diversos encuentros, se nos recordó varias veces que el autor de la llamada es Dios, nuestro Dios uno y trino, que llama al hombre a colaborar con él, a salir de sí mismo e ir hacia los demás para comunicar vida, esperanza, amor y misión. Sí, porque la llamada siempre nos abre a la misión, nos pone en marcha, nos estimula a buscar nuevos caminos para encontrarnos, anunciar, comunicar y compartir la vida que hemos recibido, que solo se convierte en experiencia de fecundidad y crecimiento en la medida en que se comparte con los demás. Esta era, al fin y al cabo, la finalidad del Congreso: crear un espacio de encuentro, para compartir la única fe que une y consolida al pueblo de Dios; un pueblo de Dios a menudo debilitado, cansado, minoritario y frágil en el seno de una sociedad cada vez más secularizada y distraída, pero no menos necesitada de sentido y de sentirse llamada y convocada con amor.

La experiencia de la asamblea cristiana reunida, en nombre y bajo el impulso de la única llamada bautismal, nos ha ayudado a comprender

que la misión es un trabajo artesanal, que se sustenta fundamentalmente en las relaciones, encuentros verdaderos y profundos en los que nos jugamos todo, nos dejamos interpelar por los demás, por sus preguntas, que, al fin y al cabo, son también las nuestras, por sus miedos, fragilidades, dudas y deseos. El hecho de que seamos llamados y pertenezcamos a la Iglesia no nos exime de seguir siendo asiduos buscadores de la verdad, humildes peregrinos hacia el reino que, como bien sabemos, no se conquista, sino que se recibe continuamente como don, compromiso y tarea.

En un mundo en el que los cristianos nos sentimos cada vez más en minoría, hacen falta momentos como este para reavivar la conciencia de nuestra identidad, para sentir que no estamos solos, sino que tenemos detrás y alrededor una familia que nos apoya, nos anima, nos ayuda y nos estimula a seguir caminando y anunciando, recordando la lógica del Evangelio, que crece desde una pequeña semilla, da sabor como una pizca de sal y fermenta toda la masa, como un trocito de levadura, todas realidades que tienen en sí mismas una gran fuerza de vida, en la medida en que aceptan desaparecer y perderse, renunciando al protagonismo autorreferencial. Ya no es el tiempo de la Iglesia triunfalista que atrae adeptos en tropel, que se impone en la sociedad, que emerge por sus estructuras. No, ese tiempo se acabó, aunque queden en pie los signos del «pasado glorioso»; hoy somos pocos, a menudo estamos cansados y un poco desilusionados, pero precisamente en este hoy resuena con más fuerza la pregunta «¿Para quién soy yo?» y requiere una respuesta libre, sincera, valiente y convencida para poder testimoniar, con la coherencia de nuestras vidas, dónde estamos llamados a estar. Sin querer hacer proselitismo ni seguidores que de alguna manera rellenen las filas de una Iglesia que se va vaciando, sino con el único deseo de comunicar vida, esa vida que sentimos que es nuestro sostén, nuestro sentido y nuestra verdadera alegría, más allá de todas las pobrezas.

Esta situación nos une a todos, como nos une la misma llamada. Hoy no hay categorías privilegiadas en la Iglesia, como quizá las hubo antaño, hoy estamos todos unidos por el mismo desafío urgente: decir con nuestra vida quiénes somos, por quién somos y para quién vivimos. Nunca como hoy debemos «estar en el mundo, pero no ser del mundo» (Jn 17,14), totalmente insertados en un tejido social, político, económico, que se convierte para nosotros en el trasfondo de nuestra vocación e identidad. Sin duda, los que están en primera línea están más expuestos no solo al cansancio,

sino sobre todo a la decepción del rechazo, la indiferencia o incluso la hostilidad y la marginación, y esto hay que tenerlo en cuenta porque sabemos que el discípulo no es menos que el maestro (cf. Lc 6,40).

La Iglesia necesita que los cristianos sientan la fuerte responsabilidad y la tarea de ser piedras vivas comprometidas en la construcción de un edificio espiritual (cf. 1 Pe 2,4-5), que tal vez quizá esté perdiendo el esplendor y la impresión exterior de otros tiempos, pero que se está consolidando en lo que es su verdadera naturaleza. Las estructuras de antes sostenían, confirmaban la identidad, daban respeto y visibilidad ante el mundo, protegían y custodiaban… Hoy la situación ha cambiado radicalmente, las comunidades se reducen y empobrecen hasta desaparecer, las iglesias se vacían, faltan sacerdotes, las familias cristianas se sienten a menudo solas y abandonadas dentro de un mundo que no comprende ni comparte valores y opciones de vida que los obligan a ir contra corriente. Pero, aquí mismo, en este contexto real, la llamada sigue resonando para cada uno: «¡Tú, sígueme!». Es una llamada personal, motivadora y fuerte, que interpela profundamente a cada uno y que debe ser continuamente alimentada, purificada y sostenida por una vida de oración intensa, madura y fiel, para construir sobre la roca sólida que es Cristo y resistir así a todos los ataques y escollos de la vida y del mundo en que vivimos (cf. Mt 7,24-27). Un mundo que no debe ser visto como un enemigo al que hay que combatir, sino como un terreno favorable en el que dar fruto.

Como monja contemplativa, poder participar en el Congreso despertó en mí todas estas consideraciones y sentimientos, y me hizo tomar conciencia de que formo parte del pueblo de Dios peregrino, en camino hacia la meta, y a cada paso constructor y revelador del reino de Dios, que ya está en medio de nosotros (Lc 17,20), pero que no se impone, solo se ofrece y se dona. Ciertamente, cada uno tiene su vocación particular que debe reconocer y vivir en plenitud; de hecho, la mano debe aceptar ser la mano y no querer ser el pie, así como la cabeza no puede ser el corazón y el corazón no es el brazo, como nos enseña san Pablo (cf. 1 Cor 12), sino aprender a armonizar los diversos miembros en un dinamismo sinodal, tan recomendado en estos tiempos por el último Sínodo, aceptando y valorando el trabajo de cada miembro, aprendiendo a escuchar, a ser pacientes, a esperar, sin la prisa de querer ver y recoger los frutos, sino continuando a sembrar con amplitud y «derroche», como hace el sembrador (Lc 8,4-15) de la parábola, con infinita confianza y esperanza inquebrantable.

Por eso, siento que nuestra presencia contemplativa debe tener esta fuerte responsabilidad hacia los que están más directamente implicados en el anuncio de la misión, porque como nos decía nuestra santa madre Teresa debemos estar «todas ocupadas en oración por los que son defensores de la Iglesia y predicadores y letrados que la defienden» (C 1,2). Nuestra vida orante no solo se convierte en intercesión y súplica, sino que debe saber vivir la fatiga de permanecer en su amor (cf. Jn 15,9-17), incluso cuando no le vemos sentido, cuando el cansancio se apodera de nosotros, cuando no vemos los frutos y nos sentimos siempre más débiles y en minoría, cuando la tentación de una vida fácil, mundana y humanamente ganadora nos mina y halaga. Permanecer, para nosotros y para todos, alejados de la lógica mundana y seguir apostando por un reino que no es de este mundo (Jn 18,28), pero que sabemos, por la fe, que tiene en sí mismo el poder de cambiar este mundo.

La vida contemplativa es una parte de la Iglesia y como tal la sostiene, pero también necesita ser sostenida y custodiada. Cada porción de la Iglesia es útil e importante, pero nunca debe olvidar que está al servicio de la Iglesia universal, por la que vive, trabaja, sufre, anuncia y, llegado el momento, acepta también morir y desaparecer, sabiendo que esa muerte, a la luz del misterio pascual, abre siempre a la vida nueva según la fuerza inagotable del Espíritu.

Agradezco haber podido asistir al Congreso, porque ha despertado en mí, una vez más, la gratitud por el don de la llamada recibida, y el deseo de comprometer mi vida para que tantos otros escuchen la pregunta: «¿Para quién soy yo?», dirigida a ellos personalmente, y encuentren la fuerza y la determinación para responder, sostenidos por el Espíritu y animados por el pueblo de Dios.

H. Maria Amata di Gesú
Carmelitas Descalzas – Toro (Zamora)

Que la celebración de este año jubilar, pueda ser para todos un momento de encuentro vivo y personal con el Señor Jesús, «puerta» de salvación (cf. Jn 10,7.9); con él, a quien la Iglesia tiene la misión de anunciar siempre, en todas partes y a todos como «nuestra esperanza» (1 Tim 1,1) (*Spes non confundit*, 1).

Catequesis. Vicios y virtudes. *La esperanza*

(8 de mayo de 2024)

Queridos hermanos y hermanas:En la última catequesis empezamos a reflexionar sobre las virtudes teologales. Son tres: la fe, la esperanza y la caridad. La vez pasada reflexionamos sobre la fe, hoy es el turno de la esperanza.

«La esperanza es la virtud teologal por la que aspiramos al reino de los cielos y a la vida eterna como felicidad nuestra, poniendo nuestra confianza en las promesas de Cristo y apoyándonos no en nuestras fuerzas, sino en los auxilios de la gracia del Espíritu Santo» (*Catecismo de la Iglesia Católica,* 1817). Estas palabras nos confirman que la esperanza es la respuesta que se ofrece a nuestro corazón cuando surge en nosotros la pregunta absoluta: «¿Qué será de mí? ¿Cuál es la meta del viaje? ¿Cuál es el destino del mundo?».

Todos nos damos cuenta de que una respuesta negativa a estas preguntas produce tristeza. Si el viaje de la vida no tiene sentido, si no hay nada ni al principio ni al final, entonces nos preguntamos por qué tenemos que caminar: de ahí surge la desesperación humana, la sensación de la inutilidad de todo. Y muchos podrían rebelarse: me he esforzado por ser virtuoso, por ser prudente, justo, fuerte, templado. También he sido un hombre o una mujer de fe… ¿De qué ha servido mi lucha si todo se acaba aquí? Si falta la esperanza, todas las demás virtudes corren el riesgo de desmoronarse y acabar en cenizas. Si no hubiera un mañana fiable, un horizonte luminoso, solamente podríamos concluir que la virtud es un esfuerzo inútil. «Solo cuando el futuro es cierto como realidad positiva, se hace llevadero también el presente», decía Benedicto XVI (carta encíclica *Spe salvi,* 2).

El cristiano tiene esperanza no por mérito propio. Si cree en el futuro, es porque Cristo murió, resucitó y nos dio su Espíritu. «Se nos ofrece la salvación en el sentido de que se nos ha dado la esperanza, una esperan-

za fiable, gracias a la cual podemos afrontar nuestro presente» (*ibid.*, 1). En este sentido, una vez más, decimos que la esperanza es una virtud teologal: no emana de nosotros, no es una obstinación de la que queremos convencernos, sino que es un don que viene directamente de Dios.

A muchos cristianos dubitativos, que no habían renacido del todo a la esperanza, el apóstol Pablo les presenta la nueva lógica de la experiencia cristiana: «Si Cristo no resucitó, vana es la fe de ustedes y ustedes siguen en sus pecados. Por tanto, también los que durmieron en Cristo perecieron. Si solamente para esta vida tenemos puesta nuestra esperanza en Cristo, ¡somos los más dignos de compasión de todos los hombres!» (1 Cor 15,17-19). Es como si dijera: si crees en la resurrección de Cristo, entonces sabes con certeza que no hay derrota ni muerte para siempre. Pero si no crees en la resurrección de Cristo, entonces todo se vuelve vacío, incluso la predicación de los apóstoles.

La esperanza es una virtud contra la que pecamos a menudo: en nuestras nostalgias malas, en nuestras melancolías, cuando pensamos que las felicidades pasadas están enterradas para siempre. Pecamos contra la esperanza cuando nos abatimos ante nuestros pecados, olvidando que Dios es misericordioso y más grande que nuestros corazones. No lo olvidemos, hermanos y hermanas: Dios perdona todo, Dios perdona siempre. Somos nosotros los que nos cansamos de pedir perdón. Pero no olvidemos esta verdad: Dios lo perdona todo, Dios perdona siempre. Pecamos contra la esperanza cuando nos abatimos ante nuestros pecados; pecamos contra la esperanza cuando en nosotros el otoño anula la primavera; cuando el amor de Dios deja de ser para nosotros un fuego eterno y nos falta la valentía de tomar decisiones que nos comprometen para toda la vida.

¡El mundo de hoy tiene tanta necesidad de esta virtud cristiana! El mundo necesita esperanza, como también necesita tanto la paciencia, virtud que camina de la mano de la esperanza. Los seres humanos pacientes son tejedores de bien. Desean obstinadamente la paz, y aunque algunos tienen prisa y quisieran todo y todo ya, la paciencia tiene capacidad de espera. Incluso cuando muchos a su alrededor han sucumbido a la desilusión, quien está animado por la esperanza y es paciente es capaz de atravesar las noches más oscuras. La esperanza y la paciencia van juntas.

La esperanza es la virtud de quien tiene un corazón joven; y aquí, la edad no cuenta. Porque existen también ancianos con los ojos llenos

de luz, que viven una tensión permanente hacia el futuro. Pensemos en aquellos dos grandes ancianos del Evangelio, Simeón y Ana: nunca se cansaron de esperar, y vieron el último tramo de su camino bendecido por el encuentro con el Mesías, a quien reconocieron en Jesús, llevado al templo por sus padres. ¡Qué gracia si fuera así para todos nosotros! Si, después de una larga peregrinación, al dejar las alforjas y el bastón, nuestro corazón se llenara de una alegría que nunca antes habíamos sentido, y nosotros también pudiéramos exclamar:

> Ahora, Señor, puedes, según tu palabra, dejar que tu siervo se vaya en paz; porque han visto mis ojos tu salvación, la que has preparado a la vista de todos los pueblos, luz para iluminar a los gentiles y gloria de tu pueblo Israel (Lc 2,29-32).

Hermanos y hermanas, sigamos adelante y pidamos la gracia de tener esperanza, la esperanza con la paciencia. Mirar siempre hacia ese encuentro definitivo; pensar siempre que el Señor está cerca de nosotros, que nunca, ¡nunca la muerte será victoriosa! Sigamos adelante y pidamos al Señor que nos dé esta gran virtud de la esperanza, acompañada por la paciencia. Gracias.

PARA ORAR Y TRABAJAR PERSONAL Y COMUNITARIAMENTE…

La vida contemplativa, profecía y signo de esperanza en el «más allá»

Introducción

La vida consagrada está presente de modo transversal en el Documento final del Sínodo (DF) sobre la sinodalidad, pero de forma explícita y concreta se trata en los números 65 y 118.

En este breve artículo ofrezco, en primer lugar, unas reflexiones sobre la vida de los monjes y monjas en su dimensión escatológica de la esperanza en el «más allá», la vida del mundo futuro. En segundo lugar, presento la vida consagrada en el Documento final del Sínodo, especialmente hago un resumen y glosa de los dos números citados en el Documento final del Sínodo. Esos números se refieren a toda la vida consagrada en sus múltiples formas, pero lógicamente también afectan a la vida contemplativa en algunos aspectos. Al final, formulo unas cuestiones para compartir el diálogo y el discernimiento en las comunidades.

1. La vida consagrada, profecía de esperanza en la vida futura

El Documento final del Sínodo en el número 118 dice: «También miramos con gratitud a los monasterios, lugares de convocatoria y discernimiento, profecía de un "más allá", que concierne a toda la Iglesia y guía el camino» (DF 118).

La exhortación apostólica de san Juan Pablo II, *Vita consecrata* afirma: «Debido a que hoy las preocupaciones apostólicas son cada vez más urgentes y la dedicación a las cosas de este mundo corre el riesgo de ser siempre más absorbente, es particularmente oportuno llamar la atención sobre la *naturaleza escatológica de la vida consagrada*». (VC 26).

En nuestro mundo se ha perdido en general el sentido de la trascendencia y el significado del «más allá». Ya el poeta Antonio Machado escribía

sobre la sed de sentido en *Proverbios y cantares:* «Bueno es saber que los vasos / nos sirven para beber. / Lo malo es que no sabemos / para qué sirve la sed» y también. "«¡Ay del que llega sediento / a ver el agua correr / y dice: la sed que siento / no me la calma el beber!».

Ante la pérdida del sentido de la trascendencia, las personas contemplativas encarnan en sus vidas la esperanza del mundo futuro. La experiencia de Dios en la contemplación inunda el corazón de los monjes y monjas con la «alegría de la esperanza futura», porque hacen suya la exhortación de san Pablo: «Estad alegres en la esperanza, pacientes en la tribulación, perseverantes en la oración» (Rom 12, 12). Su espíritu de contemplación nos hace comprender que lo único importante en la vida es Dios, fuente de verdad, bondad y belleza; que la eternidad está ya en marcha; que caminamos con Cristo hacia la casa del Padre.

Las personas contemplativas son, para el pueblo cristiano, como los primeros exploradores que entraron a escondidas en la tierra de promisión y luego volvieron atrás para referir al pueblo de Israel lo que habían visto: «una tierra que mana leche y miel», e incitarlo a atravesar el río Jordán (cfr. Num 14,6 y ss). Por medio de los contemplativos, nos llegan a nosotros, en esta vida, los primeros resplandores de la vida eterna. Las personas contemplativas ejercen para nosotros una función que recuerda mucho la de los profetas: ellos trasladan el centro de gravedad de la fe del pueblo de Israel del pasado al futuro. Lo mismo hacen las personas contemplativas en medio del pueblo cristiano: ellas se encaminan hacia el futuro y hacia la consumación del amor de Dios; abren una rendija hacia lo que será, sin olvidar nada de lo que ya ha sido.

El matrimonio místico, que encarnan las almas contemplativas, es la consumación de su vertiginosa ascensión; no es una experiencia sospechosa, que haya que analizar recurriendo al psicoanálisis; no es más que la realización de aquel amor esponsal de Dios cantado por el profeta Oseas, otros profetas y el libro del Cantar de los Cantares. Su mensaje puede resumirse con la palabra de san Pablo, que fue uno de los místicos y contemplativos en la acción: «Lo que ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni el hombre puede pensar lo que Dios ha preparado para los que lo aman» (cf. 1 Cor 2,9).

Las personas contemplativas saben vivir bien la esperanza, porque la ilusión de lo inmediato puede hacernos perder la realidad de lo profundo

y la presencia de lo definitivo. La esperanza cristiana es eso: fruición anticipada del mundo futuro, así como la eternidad será el gozo definitivo de lo esperado. Al hombre contemporáneo, de corazón dividido y angustiado, la vida contemplativa ofrece una palabra tranquilizadora: la victoria de la esperanza sobre la angustia; de la comunión sobre la soledad; de las perspectivas eternas sobre las temporales.

El papa Francisco en la constitución apostólica *Vultum Dei quaerere* (buscar el rostro de Dios) afirma que las personas contemplativas son faros de luz que iluminan el camino de los hombres y mujeres de nuestro tiempo:

> No es fácil que este mundo, por lo menos aquella amplia parte del mismo que obedece a lógicas de poder, de economía y de consumo, entienda vuestra especial vocación y vuestra misión escondida, y, sin embargo, la necesita inmensamente. Como el marinero en altamar necesita el faro que indique la ruta para llegar al puerto, así el mundo os necesita a vosotras. Sed faros para los cercanos y sobre todo para los lejanos. Sed antorchas que acompañan el camino de los hombres y de las mujeres en la noche oscura del tiempo. Sed centinelas de la aurora (cf. Is 212,11-12) que anuncia la salida del sol (cf. Lc 1,78). Con vuestra vida transfigurada y con palabras sencillas, rumiadas en el silencio, indicadnos a aquel que es camino, verdad y vida (cf. Jn 14,6), al único Señor que ofrece plenitud a nuestra existencia y da vida en abundancia (cf. Jn 10,10) (*Vultum Dei quaerere,* 6).

En este horizonte es donde mejor aparece la vida contemplativa como *profecía y signo de esperanza del mundo definitivo.* La vida contemplativa es anticipación del reino futuro. El Concilio Vaticano II propone esta enseñanza cuando afirma que la consagración de la vida consagrada contemplativa «anuncia ya la resurrección futura y la gloria del reino de los cielos» (LG 44).

> Las personas que han dedicado su vida a Cristo viven necesariamente con el deseo de encontrarlo para estar finalmente y para siempre con él. De aquí la ardiente espera, el deseo de «sumergirse en el fuego de amor que arde en ellas y que no es otro que el Espíritu Santo», espera y deseo sostenidos por los dones que el Señor concede libremente a quienes aspiran a las cosas de arriba (cf. Col 3,1). Fijos los ojos en el Señor, la persona consagrada recuerda que «aquí no tenemos ciudad permanente» (Heb 13,14), porque «somos ciudadanos del cielo» (Flp 3,20). Lo único necesario es buscar el reino de Dios y su justicia (cf. Mt 6,33), invocando incesantemente la venida del Señor (VC 26).

2. La vida consagrada y la sinodalidad

La vida consagrada está tratada transversalmente en el Documento final, pero está presente de forma concreta, como he indicado arriba, en los números 65 y 118.

2.1. La vida consagrada, realidad carismática (cf. DF 65). El número 65 del Documento final está dentro de la Parte II. «En la barca, juntos. La conversión de las relaciones», y dentro del apartado: «Carismas, vocaciones y ministerios para la misión». Se señalan siete puntos:

- *Don del Espíritu para la Iglesia y el mundo desde sus orígenes.* La vida consagrada como la Iglesia misma está siempre en proceso de renovación y reforma *(Ecclesia semper reformanda),* siempre con valentía y creatividad, con audacia para el riesgo, sin dejarnos llevar por la nostalgia del pasado, sino viviendo intensamente el presente y mirando al futuro con inmensa esperanza.

- *Seguimiento radical de Cristo.* Desde los primeros tiempos, la Iglesia ha reconocido la acción del Espíritu en la vida de aquellos hombres y mujeres que han elegido seguir a Cristo por el camino de los consejos evangélicos, consagrándose al servicio de Dios tanto en la contemplación como en las múltiples formas de servicio.

- *Voz profética.* La vida consagrada está llamada a interpelar a la Iglesia y a la sociedad con su voz profética. En este punto insiste mucho el papa Francisco, sobre todo en los discursos en el año dedicado a la vida consagrada.

- *Experta en sinodalidad y en discernimiento.* En su experiencia secular, las familias religiosas han madurado prácticas de vida sinodal y discernimiento en común, aprendiendo a armonizar los dones individuales y la misión común.

- *Contribución para la formación en sinodalidad.* Las órdenes y congregaciones, las sociedades de vida apostólica, los institutos seculares, así como las asociaciones, movimientos y nuevas comunidades tienen una contribución especial que hacer al crecimiento de la sinodalidad en la Iglesia.

  La sinodalidad debe configurar la formación inicial y permanente en la vida consagrada. Educar en la sinodalidad requiere sa-

biduría, apertura, ejercicio, aprendizaje; son necesarias virtudes como la generosidad, la apertura a los demás, la participación, la colaboración, la humildad, la renuncia a la autorreferencialidad. La sinodalidad debe integrarse en la formación de los seminarios y casas de formación para evitar la difusión del patriarcado y del clericalismo.

- *Laboratorios de interculturalidad.* Hoy, muchas comunidades de vida consagrada son un laboratorio de interculturalidad que constituye una profecía para la Iglesia y para el mundo.

- *Fortalecimiento de las relaciones mutuas.* Al mismo tiempo, la sinodalidad invita —y a veces desafía— a los pastores de las Iglesias locales, así como a los responsables de la vida consagrada y a las agregaciones eclesiales, para fortalecer las relaciones de modo que se dé vida a un intercambio de dones al servicio de la misión común. Sobre este tema el Grupo de Estudio n. 6 está revisando, en una perspectiva sinodal y misionera, los documentos de las relaciones mutuas entre obispos y agregaciones eclesiales (asociaciones, movimientos y nuevas comunidades).

2.2. *La vida consagrada en misión* (cf. DF 118). El número 118 del Documento final está dentro de la Parte IV. «Una pesca abundante. La conversión de los vínculos», y dentro del apartado: «Iglesia arraigada y peregrina». Se señalan cinco puntos:

- *En la Iglesia local y universal.* Se reconoce la capacidad de los institutos de vida consagrada, de las sociedades de vida apostólica, así como de las asociaciones, movimientos y nuevas comunidades, de arraigarse en el territorio y, al mismo tiempo, de conectar lugares y ámbitos diversos, incluso a nivel nacional o internacional.

- *Misión en diversos lugares y periferias.* A menudo es su acción, junto con la de tantas personas individuales y grupos informales, la que lleva el Evangelio a los lugares más diversos: hospitales, cárceles, residencias de ancianos, centros de acogida para emigrantes, menores, marginados y víctimas de la violencia; lugares de educación y formación, escuelas y universidades, donde se encuentran jóvenes y familias; lugares de la cultura, la política y el desarrollo humano integral, donde se imaginan y construyen nuevas formas de convivencia.

- *Los monasterios de vida contemplativa, profecía de un «más allá».* La Asamblea Sinodal mira con gratitud a los monasterios, lugares de convocatoria y discernimiento, profecía de un «más allá», que concierne a toda la Iglesia y guía el camino.

- *El obispo, vínculo de unidad de la vida consagrada.* Es responsabilidad específica del obispo diocesano animar esta multiplicidad y cuidar los lazos de unidad.

- *En sinergia con la Iglesia local.* Los institutos y agregaciones (asociaciones, movimientos y nuevas comunidades) están llamados a actuar en sinergia con la Iglesia local, participando en el dinamismo de la sinodalidad para la misión común.

3. Cuestiones para compartir el diálogo y el discernimiento en las comunidades

1.ª *¿Cómo vivimos nuestra vida consagrada/contemplativa como profecía de un «más allá»?*

2.ª *De los puntos señalados en el Documento Final del Sínodo (nn. 65 y 118), ¿cuáles vemos confirmados y asegurados en nuestras comunidades y en cuáles se necesita profundizar más?*

3.ª *¿Cómo hemos recibido el Documento Final del Sínodo sobre la Sinodalidad y qué pasos estamos dando para sensibilizarnos y aplicarlo en nuestras comunidades?*

✠ Vicente Jiménez Zamora
Arzobispo emérito de Zaragoza
Miembro de la Comisión Episcopal
para Vida Consagrada

ORACIÓN

Señor Jesús, que tu gracia nos transforme
en dedicados cultivadores de las semillas del Evangelio
que fermenten la humanidad y el cosmos,
en espera confiada
de los cielos nuevos y de la tierra nueva,
cuando, vencidas las fuerzas del mal,
se manifestará para siempre tu gloria.

Que la gracia del jubileo
reavive en nosotros, Peregrinos de Esperanza,
el anhelo de los bienes celestiales
y derrame en el mundo entero
la alegría y la paz
de nuestro Redentor.
A ti, Dios bendito eternamente,
sea la alabanza y la gloria por los siglos.

(Cf. oración Jubileo 2025)

Editorial EDICE
Conferencia Episcopal Española
Edificio «Sedes Sapientiae»
C/ Manuel Uribe, 4 - 28033 Madrid
Tlf.: 91 171 73 99
edice@conferenciaepiscopal.es

Noverim me, noverim Te

EDICE
editorial
Conferencia
Episcopal
Española